



Bianchi, Paula Daniela. "Territorialidad, videntes y ciudadanía nómadas en *Vagos sin tierra* de Renée Ferrer y *Las Marías de los Toldos* de Aurora Venturini". *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, julio de 2025, vol. 14, n° 34, pp. 10-21.

# Territorialidad, videntes y ciudadanía nómadas en *Vagos sin tierra* de Renée Ferrer y *Las Marías de los Toldos* de Aurora Venturini

Territoriality, visionaries, and nomadic citizenships in *Vagos sin tierra*  
by Renée Ferrer and *Las Marías de los Toldos* by Aurora Venturini

Paula Daniela Bianchi<sup>1</sup>

ORCID: 0000-0001-6262-0721

Recibido: 16/04/2025 || Aprobado: 01/06/2025 || Publicado: 28/07/2025  
ARK CAICYT: <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s23139676/2nbqk7s26>

## Resumen

En el siguiente artículo reflexiono respecto de las categorías críticas *tierra, territorio y territorialidad* en relación con cuerpos periféricos, ciudadanía nómadas y desplazamientos en zonas de fronteras en las novelas *Vagos sin tierra* (1999), de la escritora paraguaya Renée Ferrer, que transcurre en la región del noreste de Concepción y *Las Marías de Los Toldos* (1991), de la escritora argentina Aurora Venturini que se centra en Los Toldos y La Plata, todos, parajes relativamente cercanos a las ciudades de Asunción y Buenos Aires respectivamente. Las escritoras planean la construcción de una literatura que busca escapar del neoliberalismo y de las lógicas que generan "zonas de exclusión" (Pratt) globales a partir del tránsito de estas figuraciones que se alejan cada vez más de los centros urbanos hacia una "tierra prometida" en busca de la habitabilidad de la tierra, aunque siempre permanecen en zonas desfavorables y con ciudadanía en crisis. Mary Louise Pratt (2018) reconoce que los relatos de los años noventa obedecen a un reordenamiento planetario e imperial, en este sentido, veremos cómo estas narrativas constituyen personajes atemporales anclados, a la vez, en una temporalidad histórica precisa y una difusa futuridad compartida en una territorialidad nómada.

## Palabras clave

Territorios; ciudadanía; nomadismo; literatura paraguaya y argentina; literatura latinoamericana.

## Abstract

This article proposes to reflect on the critical categories of land, territory, and territoriality in relation to peripheral bodies, nomadic citizenships, and displacement in border zones in the novels *Vagos sin tierra* (1999) by Paraguayan writer Renée Ferrer, which takes place in the Concepción, and *Las Marías de Los Toldos* (1991) by Argentine writer Aurora Venturini, which focuses on Los Toldos and La Plata, places relatively close to the cities of Asunción and Buenos Aires, respectively. They plan the construction of a literature that seeks to escape neoliberalism and the logic that generates global "exclusion zones" (Pratt) based on the transit of these figurations that increasingly move away from urban centers towards a "promised land" in search of habitability of the land, although they always remain in unfavorable areas and with citizenships in crisis. Mary Louise Pratt (2018) recognizes that the stories of the nineties obey a planetary and imperial reordering, in this sense, we will see how these narratives constitute timeless characters anchored, at the same time, in a precise historical temporality and a diffuse shared futurity in a nomadic territoriality.

## Keywords

Territories; citizenship; nomadism; Paraguayan and Argentine literature; Latin American literature.

<sup>1</sup> Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Investigadora en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Contacto: [azuldragonk@hotmail.com](mailto:azuldragonk@hotmail.com)



## Introducción

Imaginar una región que desbarate los mapas oficiales de los estados nacionales, en dos producciones ficcionales escritas en los años noventa, supone pensar nuevas articulaciones que conforman una territorialidad construida en los bordes de las ciudades. Lo que identifica una intersección entre el espacio rural de fronteras, los personajes elaborados desde las exclusiones pero que ocupan un lugar central en la narración y los tiempos que se desplazan del mismo modo que los protagonistas que incorporan historias propias a algunos acontecimientos de la historia nacional. La escritora paraguaya Renée Ferrer sitúa la novela *Vagos sin tierra* (1999) en la región del noreste de Villa Concepción y la argentina Aurora Venturini a *Las Marias de Los Toldos* (1991) en Los Toldos y La Plata, parajes relativamente cercanos a las ciudades de Asunción y Buenos Aires respectivamente. Ferrer y Venturini crean personajes periféricos con habilidades basadas en otros saberes, y proponen una nueva forma de límites territoriales que se deslizan fuera de los duros contornos del mapa nacional y de las fronteras geopolíticas.

Es decir, planean la construcción de una literatura que busca escapar del neoliberalismo y de las lógicas que generan “zonas de exclusión” (Pratt) globales, a partir del tránsito de estas figuraciones que se alejan cada vez más de los centros urbanos hacia una “tierra prometida”, en busca de la habitabilidad de la tierra, aunque siempre permanecen en zonas desfavorables y con ciudadanías en crisis. Mary Louise Pratt (2018) reconoce que los relatos de los años noventa obedecen a un reordenamiento planetario e imperial, en este sentido, veremos cómo estas narrativas constituyen personajes anclados, a la vez, en una temporalidad histórica precisa y una difusa futuridad compartida en una territorialidad nómada.

Los parajes por los que deambulan los protagonistas de las novelas en cuestión pertenecen a comunidades indígenas que fueron desalojadas por los colonos lusitanos y españoles, principalmente vascos y gallegos. Me refiero a los mapuches que asentaron sus tolderías en las afueras de Junín y Chivilcoy y los guaraníes y mbayaes del norte de la entonces Provincia del Paraguay. En plena definición de fronteras geopolíticas de los Estados nación se entretejen otras fronteras más porosas y permeables que conviven con estas, las fronteras interseccionales (lingüísticas, étnicas, raciales, sexuales, culturales, jurídicas). En este sentido, las fronteras se presentan abiertas y componen una zona de pasaje, intercambios, negociaciones y supervivencias pero también de transformación en su no fijeza de límites. El espacio de fronteras norte, oeste o central en las novelas dimensiona una zona de cruces, errancias y permanencias de contornos imprecisos y en asidua definición que, muchas veces, escapa a los dispositivos de control de los Estados.

Entonces, estos territorios devienen territorialidades difusas que manifiestan alteraciones geológicas, climáticas y humanas que trascienden los mapas geopolíticos. Es decir, la territorialidad supone un espacio de contacto móvil en el cual las culturas, las lenguas, los cuerpos y las sexualidades se transculturán (Ortiz) en el tiempo dejando una impronta geosomática. Cristina Rivera Garza llama a esta forma de territorialidad “zonas de escrituras geológicas” (7) donde interviene el paso de la memoria, las historias y la Historia en continua interacción, siendo la extensión de la tierra habitada la que permite recuperar las huellas. De este modo, las regiones territoriales se sustentan en una incesante reorganización de límites que conectan memorias, hablas vulnerables y cuerpos frágiles. La errancia territorial modula una práctica precaria en el espacio de los que vagan a la intemperie, sin constituir domicilio fijo ni instar en su imaginación el derecho a quedarse.

Al respecto, en este trabajo distingo los conceptos teóricos tierra, territorio y territorialidad. La tierra es aquella superficie habitable por todos los seres vivos, es además, “un organismo complejo y múltiple” (Rivera Cusicanqui, 37) en el que los circuitos de memoria

planetaria quedan inscriptos en los cuerpos. Cada pasante por el planeta aloja su huella en la tierra, la que nos interconecta a todas las especies, animadas e inanimadas, y a ese proceso lo denominamos geosoma. Es decir, los cuerpos vivientes y los no vivientes integran la tierra y portan las huellas de los diferentes pasados, de la actualidad del presente y del futuro que se inscriben en su superficie. En las zonas dérmicas se marcan diversas memorias producidas en cada movimiento traslativo que realizan los cuerpos. Los cuerpos concebidos desde el concepto geosoma formulado están concretamente ligados a los desplazamientos, sus posibilidades de relocalización, sus derechos a permanecer y también a ser parte constitutiva de la tierra y del cosmos. Veremos cómo en estas dos novelas lo geosomático implica la vinculación con la dimensión de territorialidades periféricas e intersticiales en variadas zonas de fronteras ligadas, muchas veces, a ciudadanía relegada y estados de precariedad y también cómo se definen las dimensiones geosomas. En este sentido, de movimientos y redefiniciones de espacios, “los cuerpos (nuestros cuerpos, nosotros mismos) son mapas de poder e identidad y los *cyborgs* no son una excepción” (Haraway, 309), pues funcionan como un ensamblaje multiespecie.

El territorio es esa porción de tierra delimitada geopolíticamente por el Estado o los terratenientes que implica, necesariamente vinculaciones desiguales de poder. Funciona como articulador, es preindividual, lo compartimos con otros seres vivos y lo reconocemos a partir de sus marcas (Ludmer). El mapa denota masculinidad, límites, encierros, por ello Silvia Rivera Cusicanqui asume el territorio como una construcción de mapas, que siempre fue pensada desde la masculinidad como un espacio de poder que determina zonas, traza dominios y posesiones en niveles económicos, culturales, jurídicos, de género, religiosos y simbólicos interdependientes del poder. Mientras que propone una mirada horizontal, desde la concepción del tejido como una práctica colectiva, generalmente confeccionada por mujeres, por ser una trama maleable, móvil y porosa para desterrar la idea de territorio y desterritorializarlo.<sup>2</sup> Así, la territorialidad remite a un espacio nomádico,<sup>3</sup> en edificación constante que contempla ciudadanía nómades cuya subjetividad conforma el mapeo del camino recorrido. Es una zona que traspasa las fronteras geopolíticas de un Estado donde las comunidades interactúan y hacen uso de una parte del territorio. De este modo, los personajes de las novelas seleccionadas recurren a un emplazamiento de las variadas intervenciones que llevan a cabo sobre una misma espacialidad. Tal superposición (en la tierra, en el territorio, desde la propia territorialidad) actúa como proceso de sedimentación espacial al tiempo que se desedimentan la memoria (Rivera Garza) y las temporalidades de la historia pensando la escritura como capas tectónicas superpuestas. Algo similar en cuanto a las yuxtaposiciones temporales y al espacio abigarrado se podría proponer a partir de la categoría del *ch'ixi* andino (Rivera Cusicanqui) donde los acontecimientos del pasado se reactualizan en el presente involucrando la futuridad posible, erosionando el tiempo geológico que decanta su procedimiento mineral. Entonces, la territorialidad se dimensiona en constante proceso de formación que nunca concluye y permite la coexistencia de distintas trayectorias; por eso es que las fronteras en estos relatos configuran zonas disruptivas y diseñan fluctuantes imaginaciones geográficas y geosomas.

<sup>2</sup> Para Deleuze y Guattari la desterritorialización opera en el plano de la organización y deshace los códigos y enunciados en una línea de fuga que se traduce como devenir. Cuando existen líneas de fuga también se producen líneas moleculares que reterritorializan los desvíos en líneas molares para configurar planos de organización y codificación, y acabar con el devenir y, así, volver a buscar desvíos para desterritorializar otra vez en un continuo devenir.

<sup>3</sup> En el concepto “nomadismo” formulado por Braidotti se desdibujan los límites del territorio. El nómada establece una figuración que preserva la memoria colectiva.

*Mariás de los Toldos*

Desde la primera escena la novela escrita por Aurora Venturini (1921-2015) despliega una doble tensión que la recorre hasta el final. Por un lado, la demarcación del vínculo genealógico ancestral de la familia de María Eva y, por el otro, la unión con la tierra y la naturaleza del mundo indio y la vasta territorialidad pampeana trazada como una “zona melancólica, gris perla, perfumada de todos los aromas” (Venturini, 13) que delimita a Los Toldos. La tierra aparece ligada al canal de parto en un linaje migratorio fraguado entre lo indio y lo vasco. De ese modo, la voz narradora ubica en una primera línea geográfica temporal a María Muñiz Coliqueo<sup>4</sup> que asomó al mundo a través de las manos de una partera mapuche, sumada la maldición de su madre, “india pura” (13) que, antes de morir, le profirió un destino de muerte pero en lugar de eso forjó un linaje de mujeres sin hombres. María Muñiz Coliqueo se mueve entre yuyos y malezas que derivan en propiedades medicinales y que también propician gualichos; de su herencia india adquirió una diversidad de saberes situados vinculados con las plantas y la magia; su cuerpo deviene heredero de un linaje de chamanes y videntes.

La novela vertebra dimensiones témporoespaciales y evoca un paisaje geográfico de fronteras que captura los sentidos de diversos mundos contrapuestos, a veces continuos, otras veces en temporalidades fragmentadas: el mapuche, el mestizo, el extranjero migrante (vascos, gallegos, italianos). El verbo que enmarca la primera escena es “escudriñar”, María Coliqueo examina con detenimiento cada mata, cardo, flor o raíz para descubrir algo oculto; hurga en la tierra para extraer los secretos poderosos de cada espécimen. Esta afición de contemplación la traspola a los pobladores vecinos a Los Toldos y a la naturaleza en general. La estrategia de la voz narradora brinda información acerca de la actividad de María mientras anuncia su genealogía, profesión y ubicación en Los Toldos, a “280 kilómetros de la Capital Federal de la República Argentina” (13). Sin duda, la voz se ocupa de circunscribir a María en los márgenes de la capital, del país, de la *res pública*, para dar cuenta luego de su descendencia imbricada en los bordes de la ciudadanía. María, mestiza nacida de un matrimonio legitimado por la iglesia, es madre soltera de Isidra. De la relación de la sangre mapuche y vasca resultó un ser de “manos oscuras” (13), un “bebé de barro cocido” (13), una “criolla natural” (13), huérfana, madre y abuela que exhibe orgullosa su descendencia mapuche, no tanto la vasca proveniente de los Muñiz. En algunos episodios de la trama es despreciada por los vascos y gallegos de los alrededores y en el pueblo le atribuyen nominaciones que varían entre etnia, racialización y clase: “India sucia” (20), “mestiza” (24), “nadita” (25), “eso” (13), “la médica, la yuyera, la bruja, la toldera, y otros apodos que a la vieja no le importaban un rábano” (21). El texto se ocupa de registrar minuciosamente la labor profesional de María en contacto con cada planta a la que “palpa, huele, mastica, escucha el latido de las plantas, les habla quedito” (14) estableciendo una conexión entre seres vivos de diversas especies. En este sentido, la figuración de la bruja condensa dimensiones ligadas con el medio ambiente, la naturaleza, las relaciones afectivas, las generaciones pasadas y las futuras de modos armoniosos; por ello se la enuncia como “una fuerza de la tierra” (25), “un puercoespín” (50), “un cardón” (50).

<sup>4</sup> En plena definición de fronteras geopolíticas en Los Toldos, una tribu perteneciente a la comunidad mapuche de Ignacio Coliqueo (Kolükew, 1786-1871), se estableció allí finalizada la batalla de Caseros en 1861 como coronel del Ejército Nacional Argentino, título conferido por el presidente Bartolomé Mitre que lo reconoció como cacique principal de los “indios amigos” y que le otorgó el derecho a posesión de tierras. Coliqueo procedente del sur chileno, territorio de la araucanía, cruzó los Andes y llegó a Buenos Aires asentándose en la Tapera de Díaz, actualmente, Los Toldos, ubicación estratégica para posicionar a los “indios amigos” en la defensa de la frontera Oeste o Centro constituyéndose así en una población de frontera (Yuln-Silvestri) que cuenta con el control del Estado. Los indios amigos estuvieron presentes durante la presidencia de Mitre y fueron enviados al territorio paraguayo para pelear en la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay (1864-1870).

Las relaciones interespecies atraviesan a variados personajes que conviven en un paisaje bonaerense que configura una zona irregular conformando unidad y multiplicidad de afecciones: “Una felicidad animal, vegetal, más que humana humanoide” (38) propicia los estados anímicos de los seres vivientes. María integra la territorialidad nostálgica mientras que la tierra de Los Toldos “es puro breñal (...) ahí no hay esperanza para quien quiera salirse del olvido” (17). El misterio de encontrar algo oculto o “escudriñar” se alinea con el sistema de creencias oral: el “misterio fluye de los conocimientos del fogón” (21). Es decir, se exponen la palabra y los saberes que se comparten en una reunión: la oralidad de los relatos, las tradiciones, la curandería como transmisiones compartidas y hereditarias. Circulan de este modo cavilaciones en torno de los universos esotéricos, místicos y míticos en convivencia con la religión bajo la forma del catolicismo.

El universo de María es amplio, aunque no sale casi nunca del pueblo de tolderos ni de su casa ni de los yuyales de alrededor. Le alcanza con mirar al cielo, a la tierra, seguir el viento para trasladarse a otros sitios y saber qué sucede. Se sustancia con la tierra y la memoria ancestral. María recibió una maldición materna, un destete y un orgullo ancestral, una herencia cultural en tránsito desde la araucanía a la pampa que no le transmitió a Isidra, pero sí lo hizo con su apellido y su legado vasco que la transformó en la inglesita; a sus dos nietas, María Eva y María Gusa, les regaló el don de la videncia, el apellido Muñiz Coliqueo y la porción de tierra que ocupa el rancho construido por ella.

Cuando Juan del Corazón Oría busca a María e Isidra para llevárselas a su casa paterna en Chivilcoy, la vidente se niega, quiere que su nieta nazca en tierra india y no “en tierra de blancos” (50) porque sabe que será una Coliqueo. Es decir, la importancia de la tierra “densa” (49) y no del territorio la enraiza y ancla la transmisión del apellido mapuche que se traduce en su posesión más arraigada y personal, además de la videncia. Su elección genealógica puntualiza en la memoria en tanto espacio de disputa simbólica de valores culturales, familiares e históricos al punto de azotar a Oría movilizada por “el odio de toda una raza” (51) de muchos indios desplazados, “por tanta tierra robada, mujeres violadas en los baldíos, entre la marisma vegetal, atadas a los árboles, asesinadas según la imaginería sexual del patrón, reventadas como sus parientes” (51). Se reactualiza a través del golpe el pasado en el presente, la evocación pretérita de los indios adquiere la forma de la magulladura en la carne blanca de Oría y se invierte el castigo de los rebencazos en una triple torsión racial, de clase y de género. Es la india, pobre y mujer la que alecciona al patrón, abogado, varón. El paradigma de la ley encarnado en un hipócrita Oría que desea deshacerse de su esposa, madre de sus hijos, como repite a viva voz, en contraposición del paradigma de la medicina devenido en videncia india que reúne el poder ancestral en un acto de micropolítica reivindica a los suyos del pasado y a su descendencia. Esas fugas de emociones despliegan en el personaje mapuche una gama contradictoria de afectos en conflicto. No solo golpea al abogado, también insulta a gallegos y vascos a pesar de amar a su padre y al padre de su hija procedentes de la inmigración vasca; el amor prodigado a María Gusa, Golem, bruja y Coliqueo se opone a las ganas de volverla gusanos y quitarle el apellido. En Los Toldos se condensa una cartografía territorial íntima, de sus seres preciados y su unión con la tierra, de modo que María se concentra en un ser geosoma que no puede escindirse de su composición integral, cosmopolítica.

## Evita

María Eva nace de un romance clandestino entre Juan Oría e Isidra, que murió como su abuela al dar a luz, pero sin maldecirla. La importancia del nombre se lo asigna la abuela, que la llama María por la devoción a la virgen cristiana y Eva porque es la madre de todos. Una maternidad dúplice la designa en una oscilación entre la madre católica y la pecadora del origen de

descendencia. En esta designación María Eva porta explícitamente el legado de la maternidad no biológica que se proyecta entre lo religioso y lo pagano devenido social. La narración planifica una María Eva sujeta de cuidado y protección, pero también maestra que transmite tecnologías de la domesticidad: enseña quehaceres hogareños, la posibilidad de autocuidado a los otros y organización social. Eva, desde bebé, asume conciencia de clase y liderazgo, acoge a su hermana María Gusa y será “la Capitana” (97), esa mujer, que se debe al “mundo de los cabecitas negra y los descamisados” (98), en un movimiento que comienza y finaliza con su vida. Como dice Valentina Noblía la narración propulsa un “peronismo sin Perón, un movimiento de genealogía autóctona, religiosa y mítica, centrado en Eva” (97).

María Eva aprende a internarse en el fondo de las tolдерías donde abundan las calamidades. El dolor de los otros la transforma y consume, se traslada con los tolдерos y se mantiene en viaje, pero casi sin regresar: “Evita no volvió a la pseudo civilización fronteriza habitada por la abuela” (Venturini, 75). Parte a un territorio más marginal aún sin desconocer que retornará en múltiples Evas. El regresar convertida en aristas de su razón de vivir alude a la conexión de sus orígenes pronunciado en ese acto de habla iterativo donde los deslizamientos identitarios le otorgan a María Eva la identidad de Evita.

La novela estructura referencias a la vida de Eva Duarte, de modos no necesariamente sincrónicos ni vinculados con los hechos de su biografía. No obstante, existe la renovación de las referencias a esos elementos que preservan la memoria, al tiempo que la trama de la historia transmite esa memoria que reside en la imaginación del pueblo argentino. Así aparece una máquina de coser, el doctor Ara atendiendo a los Oría, los ‘cabecita negra’ encarnados en los tolдерos y los villeros, la Fundación, la iglesia de San Francisco en La Plata, su cadáver expropiado en Italia, Manrique, Eduardo Leonardi e Isaac Rojas y la alusión al golpe de Estado del 55 entre otras. Las frases también se encadenan en este recurso que funciona a partir de la memoria colectiva de la historia, a la vez que la escritura la fragua con el mito articulado en un pretérito común. Aurora Venturini impulsa el poder de la narración como posibilidad de conocimiento de ese propio relato que funde historia y ficción.

En el centro de la narración circulan los cuerpos de las Marías. La novela arma duplicidades y hasta multiplicidades de Evas que se ramifican en cuerpos y textualidades a partir de la muerte temprana de Evita, mientras que el cadáver afianza la ficción mítica del relato. Venturini no se detiene en dar largas descripciones del cuerpo muerto de Evita o de su profanación, sino que alude a esos hechos desde la acción y la potencia política que registran la amenaza: “María Eva muerta es más peligrosa que en vida” (105). La abuela al intuir la muerte de su nieta asegura su destino: “Ya sé a dónde va mi niña-mariposa” (84), sabe que aleteará a la iglesia San Francisco en La Plata y que allí su cuerpo volador y efímero retomará una potente politicidad que la tornará amenazante: el cuerpo de Eva devenido mito. Aurora Venturini publica la novela en 1991 y recurre a la metáfora de la mariposa y la estampita de la Santa Evita ¿Será que Tomás Eloy Martínez la leyó y de allí tomó su idea de la *Evita que levita* con alas de mariposa en 1995? Evita voló de Los Toldos a La Plata “a simple vista parecía una mariposa que se fugaba de la manta” (85) como estampita. Ocupa así un espacio de indefiniciones que coloca a ese cuerpo en una situación de borde e inestabilidad. La mariposa remite al gusano en plena metamorfosis y en la novela crea el paralelismo con los gusanos que componen el cuerpo de Gusa, pero también referencian las luchas feministas, evocan el libro de lectura inicial *Mariposas* (1955) de Borja y Domínguez, señalan la fugacidad vital. Evita trasciende el cuerpo de porcelana enlosado que reposa frente al altar de la virgen para “humanizarse entre humanos” (89) y continuar su tarea de significar a los humildes y se multiplica en muchas nietas de doña María que continuaban su obra. Las proliferantes Evitas en la novela reemplazan la escena del velatorio multitudinario que se transforma en un episodio de ficción comunitaria de festejo.

La figuración de Evita se torna errante en contacto con los cuerpos que se le aparecen. Cambia la vida de los otros irrumpiendo en zonas de abandono y poca habitabilidad haciendo posible otra opción de vida que dura un tiempo, nada más, porque luego se recompone el ciclo de la miseria. Los efectos de la construcción narrativa intensifican el dolor que siente Evita enferma pero, al mismo tiempo, la fuerza que la impulsa y el vínculo afectivo que establece con los descamisados. En contacto con indios, villeros y desposeídos comienza su camino de multiplicación que reconocerá su abuela en diferentes instancias. La materialidad del cuerpo de Eva anuncia el despliegue de los diversos “cuerpitos” de las discípulas devenidas nietas de María. El millar de otras Evitas dispersas por el territorio nacional supone la superficie moldeada por los afectos que ella propaga tras elevarse como una mariposa lanzada en una travesía experimental y política que la diversifica en una amplia gama de intensidades. Ese cuerpo volátil contacta con los otros seres precarios desde antes de nacer, ya que su abuela impulsa la presencia necesaria de la nieta que nació con una estrella. De este modo, cada acto propiciado por María se define fundacional respecto de la importancia política y afectiva que significó Evita marcando una impronta hasta la actualidad.

Finalmente, María Eva es trasladada a Los Toldos, a la iglesia de los indios, de donde fue robada. En este peregrinar de las múltiples corporalidades de “la abanderada de los humildes” (110) Venturini desplaza la idea de la santidad de Eva y la troca por su politicidad devenida esperanza de presente-futuro tras la apertura de la caja de Pandora por la figura de un Perón perdido en las iconografías de San Juan y santo Domingo.

### *Vagos sin tierra*

Es una novela de la escritora paraguaya Renée Ferrer (1944) escrita en 1998 y publicada en 1999. En 2023 fue reeditada y traducida al guaraní. La edición que manejo es la del 2019 que tiene en la portada una serigrafía de la artista plástica Olga Blinder que integró con Josefina Plá, Lili del Mónico y Juan José Laterza el grupo de artistas plásticos “Arte nuevo”. Renée Ferrer es poeta, ensayista, cuentista, novelista e historiadora. Su tesis doctoral fue sobre la fundación de la Ciudad de Villa Real de Concepción en 1773, y de la población allí establecida en el siglo XVIII y en la novela en cuestión, me interesa cómo su investigación basada en documentos y archivos de la época se cuela en la narración. Si bien fue leída como novela histórica (Fernández; Peiró Barco) la abordo desde las escrituras geológicas (Rivera Garza), o geoficcionales porque formula un recorrido historiográfico fragmentado desde la época del gobernador Fernando y la fundación de Concepción pasando por el Dictador Gaspar Rodríguez de Francia, previa Independencia en 1811 de las provincias del Río de la Plata y España y aludiendo a la Guerra de la Triple Alianza contra Paraguay (1864-1879) y la Guerra del Chaco (1932-1936), al Mariscal Solano López como a las residentas. El relato se ocupa de la defensa de las fronteras del norte paraguayo compartida con el Imperio del Brasil circunscrita en plena delimitación geográfica frente a la política expansiva lusitana en detrimento del virreinato español. Concepción se emplaza en un territorio de frontera en el que predominaba la población indígena, con una porción pequeña de criollos. En este sentido, ¿de qué modo habilita el relato ficcional la posibilidad de escarbar diferentes capas de la historia paraguaya y de las historias personales? En este caso, de personajes que revisitan los momentos fundacionales de una historia de exclusiones respecto de los herederos de la tierra que, sin embargo, vagan en busca de ella.

La novela dividida en 68 fragmentos narra la historia de una familia que va a repoblar la frontera norte con la ilusión de ser dueños de un trozo de tierra y defenderla de la comunidad mbye y de los bandeirantes que también ansiaban conquistar el mismo territorio. La narración comienza con la emisión del ladrido de Yacaré y la voz narradora, que anticipa el éxodo norteño

desplegando un lenguaje poético, que propulsa una narrativa yerma construida por Ferrer, en la que los seres vivientes y del cosmos conforman una comunidad cosmopolítica que integra a los animales, la luna y los humanos en un estatuto de interacción entre especies.

Guau, guau, guau. La luna se ha levantado con su camisón de plata, mientras se atropellan los hombres en desbandada. Guau, guau. Otra vez los milicianos andan despellejando perros. (...) la resignación de la gente que partirá con destino a la frontera a poblar los campos de nadie, allá donde la tierra se resbala del horizonte sin saber a quién pertenece y dicen que emite gritos extraños (Ferrer, 23)

Este primer párrafo, por un lado, destaca la importancia de las voces narradoras sin jerarquías constituidas a partir de un lazo tentacular (Haraway). Habla Yacaré, perro con nombre guaraní de otro animal anfibio, prehistórico y característico de la región. También lo hace la luna, segundo ser que aparece en armonía con la tierra, del mismo modo que atestigua las transformaciones producidas en los cuerpos y los territorios. La luna es otra figuración relevante en *Las Marías de los toldos*. Por otro lado, se inicia un peregrinaje hacia el norte donde algunos campesinos marchan “forzados” y otros como “voluntarios” (23) en pos de convertirse en los futuros pobladores de un sitio desconocido y quizás auspicioso, ya que les otorgarán terrenos a cambio de impuestos costosos. Las tierras adjudicadas, garabateadas en un mapa difuso en zona de frontera, son disputadas por los mbaya-guaycurúes del Chaco y los belicosos bandeirantes lusitanos. La defensa e intento de posesión de la franja fronteriza habilita una superficie que contiene “gritos extraños” (23) de otros muertos, de otras ánimas de esa territorialidad que los espera porque dirigirse al norte supone “meterse en la boca misma de la muerte” (23). La construcción de la novela anticipa el emprendimiento político y económico de los colonizadores españoles que movilizan al campesinado hacia la zona fronteriza en estado de desprotección y precariedad.

El relato propone la errancia como otra característica presente e importante en el itinerario del recorrido geográfico y geológico: “El destino es el norte. (...) Repetían. Como si conservaran en los pies el resabio del vagabundeo de sus ancestros. De aquellas ansias de perderse y encontrarse aligerados del ayer” (25) en una nación sin Estado, que se perpetúa desprotegida a pesar de la trashumancia: “el aniquilamiento de una nación que no protesta” (76) en esa “tierra por la cual se destrozan las naciones” (76). Los vestigios de ese mapeo ancestral de la errancia intensifican los efectos de la persistencia territorial en movimiento, poniendo en escena un complejo mapa, que ignora el trazado de las fronteras tradicionales, para dar lugar a esa territorialidad en construcción.<sup>5</sup> Y la errancia ancestral no es caminar sin rumbo sino dirigirse en busca de la Tierra sin mal (*Yvi maraey*).

El anhelo de la tierra fundida al sostén (trabajo), sustento (comida) y refugio (casa) resuenan intertextualmente o como escritura comunal con el cuento del escritor mexicano Juan Rulfo, “Nos han dado la tierra” (1955) en vinculación con la necesidad de habitabilidad. Más aún, en la siguiente cita: “Hay tierra para todos, Paulina, y para mí también, para nosotros, para nuestro hijo. Extensiones realengas que buscan dueño. Algún día me llamarán Don, Paulina, y dejaremos de ser unos vagos sin tierra, malentretenidos desparramados por terrenos ajenos (...)”

<sup>5</sup> Bartomeu Melià (*El Paraguay...*) distingue a la tierra como una porción de suelo compartido que puede ser cercado, vendido, usurpado mientras que el territorio desde la concepción guaraní difiere de la concepción occidental, puesto que el territorio se concibe como un conjunto de espacios (el suelo y la territorialidad compartidas), como el *tekohá* el sitio donde somos lo que somos, la sede de la forma de ser. Lo mismo ocurre con la definición de nación. La nación guaraní (guaraní *retã*) es una sola que contiene diversas etnias y toda esa nación guaraní habita el territorio. Es necesario marcar estas variaciones para entender lo que significa la tierra o el territorio para los colonizadores, los mbaya y los mestizos.

Nos prometen la tierra” (25-26) se incrementa el esfuerzo de Choqueo y de otros por alcanzar la imagen de la propiedad sin detenerse a pensar en el pasado de los ya expropiados suelos y marchan a ocupar tierras robadas por los españoles a los indios porque “poblar era la consigna” (28). La tierra lejana de la frontera expone un doble peligro; el de los malones sin ciudadanía ni corral y el de los portugueses sedientos de territorios. La zona norte en disputa nutrida por estos pobladores se revaloriza en la novela y posiciona a los personajes en una dinámica relacionada con la apropiación o expulsión del territorio de fronteras (Ferrer, *Un siglo...*).

La narración destaca personajes, muchas veces, conscientes de su misión poco posible: reconocen que lo emprendido se funde en un acto ilusorio en un tiempo vital. Aunque esa ilusión nutre toda la trama. La conquista territorial superpone el deseo propietario de Choqueo, el contradeseo de no partir de Paulina, el nacimiento de la hija, Bernarda, los mitos de la tierra india y la pugna ocupacional del territorio. Ellos trazan una genealogía errante en un terreno “seco como charque” (Ferrer, *Vagos...*, 32). A pesar de la infertilidad terrena y lo inhóspito de la región Choqueo busca consolidarse con una escritura a su nombre “que atestiguara su legítima propiedad sobre aquella tierra desprotegida” (39).

La hostilidad proporcionada por el terreno y el clima se suma al desamparo de los nuevos colonos en su trayectoria, que los intersecciona con bandas nómadas de cazadores de avestruces, mbaya, lusitanos, camba, “negros libertos que ensartan con lanzas la patria deshabitada”. “La tierra baldía” (46) identifica una región poco conocida y fuera del control del imperio español, aunque reclama el usufructo territorial de esa indisciplinada zona fronteriza. Por momentos entre mbaya y brasileños se alcanza cierta pacificación mediante la práctica del trueque de herramientas, armas de fuego y algunos prisioneros, pero concluye cuando no existe nada para intercambiar más que huesos, pieles y cadáveres. La territorialidad que cubre la frontera se fusiona con la vulnerabilidad de los colonos y el dolor de los indios expropiados, usados por los imperios ibéricos y asesinados por esos que denominan *blancos*. La tierra en disputa se mece en “zonas ambiguas de la frontera” (105) marcando un proceso de formación nunca finalizado, de contornos fulgurantes. Las extensiones de tierras áridas configuran otro paisaje poco estático cuando confeccionan fortines para proteger las vacas y las siembras ajenas, que “aunque pertenecieran a la oficialidad” (105) nunca les serán compartidas.

¿Cuál es la geografía de ese mapa oficial que condiciona las existencias posibles de los habitantes de la frontera en búsqueda de una territorialidad comunal, compartida? La novela de Ferrer despliega otros mapeos pensables que adoptan la forma de deseo. En correspondencia con la propuesta de anhelar una territorialidad habitable y comunitaria, Bartomeu Melià devela las transformaciones que alteraron la geografía política paraguaya reduciéndola a una pequeña porción de tierra, en comparación de la vasta extensión que comprendía cuando era la Provincia Gigante de las Indias. No obstante, el lingüista señala justamente la movilidad de ese territorio en construcción que se redimensiona en *Vagos sin tierra* cuando afirma que existe “un Paraguay que está más allá del Paraguay. En realidad está también más acá de sus fronteras. Hay un Paraguay que no coincide con el Paraguay, pero tampoco todo el Paraguay es Paraguay” (*El Paraguay...*, 22). El texto en su diseño fragmentado y condensado simultáneamente, define un mapeo emocional en contacto con uno territorial, en este sentido, Choqueo apunta a abandonar la condición de ser vago sin tierra para habitarla y hacerla habitable. Lo sustancial en María Muñiz Coliqueo de Venturini como en Choqueo y los mbaya de Ferrer parte de la situación relacional del espacio guaraní o mapuche con la tierra. Choqueo busca legitimar esa tierra como propia, María lega su rancho propio, mientras que para los mapuches y guaraníes la tierra, como vimos, refiere al suelo y el territorio se asume como propiedad comunitaria aunque se transforme en una zona sombría que los alberga a todos y que registra “la complicidad (que) se gesta corrientemente al amparo del desamparo. En esa vulnerabilidad...” (Ferrer, 115).

Los vagos sin tierra traslucen un deambular errante, que los traduce como “ocupantes precarios en predio ajeno” (145) en busca de la tierra sin mal, aunque no sin obviar el desarraigo que les provoca el nomadismo que los desvía a diferentes derivas transitorias y precarias de la frontera, hasta desalojarlos para retornar con las manos vacías al punto de partida e instalados en los intersticios territoriales, configurando una subjetividad nómada como “un inventario de huellas” (Braidotti, 45).

### **Bernarda y Caminigo**

La narración tiene como protagonistas a otros personajes como Bernarda, la hija de Choqueo, y Caminigo, medio hermano mbaya. En la novela otros saberes emergen como el poder de las curanderas, los chamanes y las videntes. Bernarda comparte sus premoniciones y es desacreditada por el poder la iglesia que la castiga y la estigmatiza como “bruja blanca” (61) pero tras el cumplimiento de las primeras predicciones recupera el crédito; así anticipa la plaga de langostas, las garrapatas en las vacas, los embarazos pos violación por los malones y la peste que se cobró las vidas de españoles, lusitanos, indios y mestizos.

Los cuerpos de Paulina y Bernarda, como el de otras mujeres de la frontera, son demarcados como territorios fronterizos. Bernarda es tomada cautiva mientras Paulina da a luz una “cría mbaya” a la que le priva el nombre en un acto de venganza. Bernarda estructura en la novela la conexión con las temporalidades de la historia paraguaya, desplazándose hacia un futuro que vaticina más movilizaciones. Sitúa la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay, en un lamento de mujeres cautivas que en fila india son violadas y despojadas de todo, son las residentes. Viran los presagios entre la derrota del Mariscal Francisco Solano López hacia la Independencia pero no adivina su secuestro como cautiva de los mbaya. Si a la Evita de Venturini la confluencia de sus dos sangres con “el poder heredado de las dos razas fuertes que en ella se fundían le otorgaron el tono de una perla literal” (Venturini, 96) a Bernarda le proporcionó el don de la videncia porque nació con “un destello certero como un puñal, penetró hasta donde jadeaba aún la madre primeriza cortando el cordón umbilical antes que la comadrona atinara a liberar una vida de la otra” (Ferrer, 30). El retorno a la zona de frontera de Bernarda, después del rapto, supone una transformación vital en su cuerpo debilitado y envejecido y en su lengua nueva, adquirida durante la convivencia con los indios. Casi ha olvidado el guaraní mestizo.

Las violaciones repetidas por los mbaya sustentan su correlato con la desposesión inicial del “territorio que se movía cada vez más al norte” (129) solidificado en el “odio (que) había ramificado las raíces de la venganza” (129). Si María Coliqueo azota a Oría como castigo de todas las violaciones sufridas por los mapuches, el malón del Chaco no perdona sus reducciones y aniquilamiento y, por eso, viola a las mujeres como castigo a criollos y mestizos. El regreso de Bernarda se distingue en su lengua ya no castiza, ya no guaraní sino constituida en gritos salvajes que solo su medio hermano reconoce. Su primer acto de habla se establece con el bautismo otorgándole el nombre y así su identidad india de Caminigo, cacique tigre, “el más valiente y sanguinario de la nación de los avestruces” (196). De una nación con otros límites, con otras formas de gobierno que no se corresponden con las de la colonización, sino con las de una nación nómada en movimiento. Caminigo adquiere un yo nombrado y puede formular una trayectoria vital ligada a su identidad, cuerpo y territorio. Afirma Melià (1991) que mientras carecen de nombre bautismal, los niños circulan como sujetos coléricos porque la palabra es fundamental en la cultura guaraní. El nombre que suele ser asignado por los pajé, en la novela le es concedido por su hermana que se asimila a una *ñande sy* (nuestra madre). La madre, Paulina, no lo bautiza ni lo nombra como castigo a su violación y le niega el nombre. Esa elisión resulta significativa y cincela una hendidura producto de la desterritorialización identitaria. La

voz narradora da cuenta del discurrir de la importancia de la palabra para los guaraní: “el hombre es una porción de las palabras-almas. La palabra custodia el origen divino de las almas. Los niños sin un apelativo que los distinga son como alimañas donde preserva el infortunio” (Ferrer, 84).

Bernarda y Caminigo acuden a un desplazamiento más. Se elevan y huyen de esa frontera territorial impuesta. No se quedan a habitar la tierra, su paso es temporal y se escabullen “de la realidad en busca de la perdida memoria del placer (...) Al llegar a la cumbre abandonan el útero mineral que los alberga y se sueltan, remando hacia las nubes, hacia el camino de las estrellas. El mundo es un punto suspendido en la inmensidad del universo. El espacio, la carta de una travesía inconclusa” (202). Mientras que en *Las Marías*... en el vuelo de Evita el paisaje aéreo se presenta en términos corpóreos al incorporar insectos, niñas y niños lentejuelas y organismos dentro de los lindes de una corporalidad etérea que circunda lo humano, lo inalcanzable, lo político. Los tres jóvenes desaparecen del mundo envejecido y desolado. Una volverá y será millones, los otros se funden en el universo en una integración cosmopolítica e interespecie: “La armonía universal resuena en cada ser viviente, en cada piedra, en el jadeo apacible de los astros” (202). Los guaraní son definidos por Bartomeu Melià (1991) como un pueblo que camina, como un pueblo migrante en desplazamiento por el territorio en busca de la Tierra sin mal, hasta la invasión colonizadora. Son una comunidad en éxodo conectada con el territorio que indaga condiciones ambientales y ecológicas adecuadas para su *ñande reko* (modo de ser). La única posibilidad de esperanza en la novela es el viaje mítico que emprenden los hermanos direccionados a un lugar sin jerarquías ni diferencias interseccionales.

## Conclusiones

En ambas novelas asistimos a un linaje de mujeres curanderas, videntes, chamanas, brujas que organizan las historias y la historia de las naciones. Son seres liminares, que habitan los umbrales y entre mundos. Los indios mbaya y mapuches son despreciados y desplazados en relación con las errancias de los personajes.

En *Vagos sin tierra* se pueden desovillar dos caminos posibles, uno que contemple las versiones oficiales reconstruidas por el archivo y otro, a partir de las cosmovisiones y la reconstrucción de las memorias ancestrales y genealógicas en las que se enlazan la historia colonial, la de la fundación mítica y mestiza entre criollos, indios, negros y europeos que oscila entre la ficcionalización popular y lo histórico: “el pueblo fabulaba que los destinados a las fronteras desaparecen montados sobre jaguares voladores en las noches de luna llena” (26).

Los vencidos son todos. Entre las fábulas y los relatos de la historia oficial surge “el deseo tramontando el territorio de la fantasía y de lo real sin dilucidar las fronteras” (173), porque el nómada es aquel que no se mueve, sino que se traslada para arraigarse a una territorialidad de pertenencia.

En *Las Marías de los Toldos* residen también dos finales esperables, una voz narradora que anuncia los tiempos crueles que sucedieron a la muerte de Evita, caída del peronismo y dictadura, y el renacimiento de la abuela india, la restitución del cadáver a los indios y la apertura de la caja de Pandora que concluye con un mensaje esperanzador en el fondo. Esperanza es la última palabra de la novela que, unida a escudriñar, la primera que abre el texto, se desborda en desocultar, encontrar la espera de los tiempos mejores por venir.

Asistimos a un pluriverso de relaciones y sentidos no lineales y posibles. Las naciones plurales (guaraníes, mapuches, gallegas, vascas, criollas, mestizas, mbaya) conforman ciudadanías de indígenas, inmigrantes, mestizas sin tierra, porque la tierra constituye siempre el problema como plantea José Carlos Mariátegui (1928) y de eso se trata aún en la actualidad,

de *seguir con el problema* de restitución y distribución. Estas narrativas no buscan huir del pasado, al contrario, lo incorporan y lo moldean desde el presente fracturando la temporalidad, dibujando otras superficies planetarias, conviviendo en territorialidades movedizas en un entramado de ciudadanías precarias y nómades sin una territorialidad habitable.

La territorialidad impuesta desde los límites geopolíticos desbarata la noción de territorio como propiedad privada, restableciendo la concepción de tierra como lugar de preferencia y alojamiento de lo viviente y lo inanimado. Los desplazados de estas novelas habitan los bordes de los territorios y viven el desgarramiento de la memoria de la tierra y la fragmentación de sus comunidades. La territorialidad flexible asume el espacio de refugio corporal y comunal.

Ambas novelas recogen desde sus tramas continuidades y rupturas en el tiempo, pero más aún en la construcción que delimitan las fronteras en el espacio. Son relatos que bordean las ruinas históricas. Ubicarse en el entorno de la tierra comunal y política invita a reflexionar respecto de las necesidades de nuestros lugares habitados por todos los seres errantes, aun sabiendo que siempre reside una esperanza cósmica.

## Obras citadas

- Braidotti, Rosi. *Sujetos nómades*. Paidós, 2000.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pretextos, 2020.
- Ferrer, Renée. *Un siglo de expansión colonizadora. Los orígenes de Concepción*. Editorial Histórica, 1985.
- Ferrer, Renée. *Vagos sin tierra*. Servilibro, 2019.
- Haraway, Donna. *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Cátedra, 1995.
- Ludmer, Josefina. *Aquí América Latina. Una especulación*. Eterna Cadencia, 2010.
- Melià, Bartomeu. *El guaraní: una experiencia religiosa*. Biblioteca Paraguaya de Antropología CEADUC-CEPEG, 1991.
- Melià, Bartomeu. *El Paraguay inventado*. CEPAG, 1997.
- Noblía, Valentina. “La escritura como exacerbación: el estilo de la militancia”, Karina Vázquez y Claudia García (eds.), *Irreverente y desmesurada: Aurora Venturini frente a la crítica*, pp. 95-116. Ediciones Albatros, 2021.
- Pratt, Mary Louise. *Los imaginarios planetarios*. Aluvión, 2018.
- Rivera Cusicanqui, Silvia. *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayo desde un presente en crisis*. Tinta y Limón, 2018.
- Rivera Garza, Crisitina. *Escrituras geológicas*. Iberoamericana, Vervuert, 2022.
- Rulfo, Juan. “Nos han dado la tierra” en *El llano en llamas*. Fondo de Cultura Económica, 1955.
- Venturini, Aurora. *Las Marías de los Toldos*. Theoría, 1991.
- Yuln, Melina y Graciela Silvestri. “Una forma territorial alternativa: la tribu de Coliqueo en la pampa bonaerense”, *Antiteses*, v. 8, n. 15, p. 313 - 344, jan./jun. 2015 disponible en <https://www.researchgate.net/publication/281365745> Una forma territorial alternativa a la tribu de Coliqueo en la pampa bonaerense